

## UN GRAN LITERATO LIBERAL, VICENTE RIVA PALACIO \*

P O R

C L E M E N T I N A D I A Z Y D E O V A N D O

**H**E escogido como tema de esta charla a uno de los escritores liberales más extraordinarios: el general Vicente Riva Palacio (1832-1896) cuya vida entera estuvo dedicada a la defensa de los ideales reformistas, con este hermoso lema: "Ni rencores para el pasado, ni temores para el porvenir".

Hombre magnífico, siempre generoso, lleno de inquietudes, fue letrado, dramaturgo, jurisconsulto, poeta, orador, crítico, guerrillero, funcionario público, político, periodista, historiador y uno de los más completos diplomáticos que México haya enviado a representarlo en Europa.

Y sin embargo, pese a tales excelencias, a su sátira pronta y certera, a ser autor de *Los cuentos del general*; de *Los cerros*, obra de crítica literaria y política en donde descubre rasgos de sensibilidad mexicana como el "medio tono" o el "tono menor" que según algunos críticos caracteriza nuestra expresión literaria, autor también de estupendos sonetos, tal aquel maravilloso "El viento", el general Riva Palacio ha sido olvidado por los eruditos a la violeta que le niegan el alto lugar a que

---

\* Conferencia sustentada en el Salón de Cabildo del Palacio Municipal de Jalapa, el 2 de marzo de 1957, dentro del ciclo de conferencias organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Ayuntamiento Municipal de Jalapa, en conmemoración del Primer Centenario de la Constitución de 1857.

Las ilustraciones que acompañan a este artículo son dos litografías de H. Iriarte y proceden de *El Libro Rojo*. Editores Díaz de León y White. México, 1870.

tiene derecho en nuestras letras. Al parecer, estos eruditos la traen emprendida contra los autores del siglo XIX; pues consideran de mal gusto ocuparse de figuras tan importantes como Ignacio Manuel Altamirano y Riva Palacio.

Hablar de Altamirano —ha dicho alguien de cuyo nombre no quiero acordarme— es hacer crítica oficial, lo que traducido en buen romance quiere decir: hacer el ditirambo por la paga y no por el mérito del autor. ¡Vaya si tienen méritos Altamirano y Riva Palacio! No olvidemos nunca que estos liberales en clásica fórmula, “pluma y espada” cumplieron como los buenos con México. Lo defendieron de una agresión extranjera y se empeñaron en la creación de una literatura que aspirara a ser universal, pero con esencias y tonos mexicanos.

Pero mal puede quedar en el olvido quien se trasciende en la fama, para vivir plenamente en la poesía nacida de la entraña misma del pueblo; poesía a la que sólo se llega por el sereno desafío de la muerte, por la hazaña heroica que implica siempre la defensa de la libertad y de la justicia. “Esto explica —afirma Andrés Henestrosa— que no haya corridos en el campo reaccionario. Esto indica que es lenguaje de nuestras mayorías.”

Méritos más que suficientes tiene el general Riva Palacio para pervivir en esta poesía, que lo reconoce campeón de la causa liberal, que era también la de México, al oponerse al conservador y al francés quienes malamente unidos se esforzaban en imponer un gobierno monárquico que a nuestro modo de ser repugna:

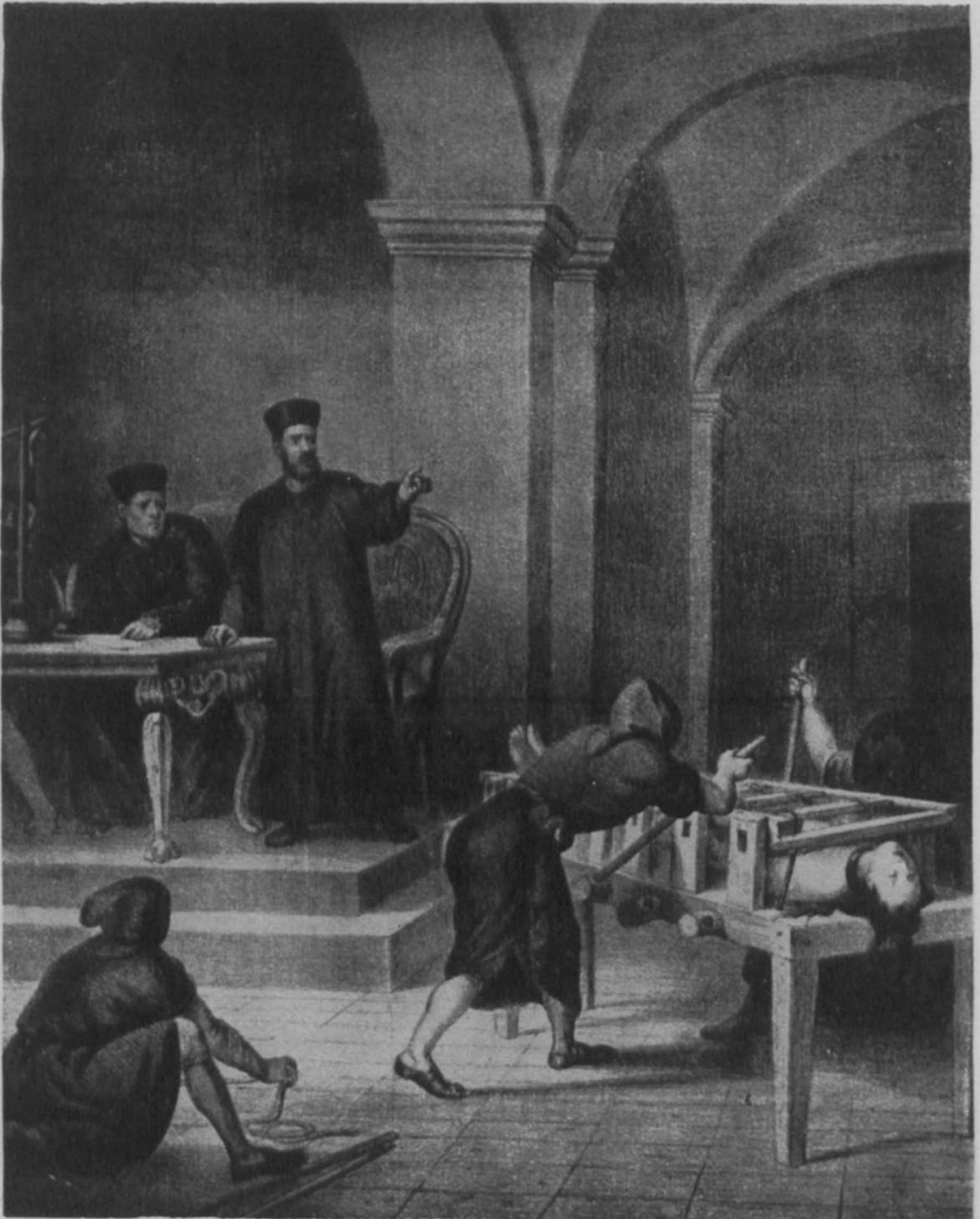
Reyes ni los de cartón  
queremos los mexicanos,  
pues los reyes son tiranos  
con su pérfida traición.  
... un sacristán funcionando  
a todo el mundo alborota;  
pidiéndonos con afán  
la emperatriz Carlota,  
y al pie de la picota  
nos quisieron subyugar.

Todos gritan sin cesar;  
¡Abajo la monarquía  
que viva la libertad!

Y así, con voz y ademán de héroe de corrido, Riva Palacio es recordado por la canción popular, como terror de “mochos” a quienes se



1. El Marqués de Gelves y el arzobispo Pérez de la Serna. El tumulto de 1624.



2. Isabel Rodríguez. Proceso de la familia Carbajal.

considera "muertos en fealdad", infamados, no por católicos ultramontanos —que cada quien limita o desborda su conciencia— sino por traidores; vencidos y humillados por el general, allá en tierras michoacanás, principalmente en Pátzcuaro, ciudad que destacaba por su fanatismo, en los días de la Intervención francesa:

Le tumbaron el bigote  
a Pátzcuaro por su hablada  
entró el general Ocote  
con el coronel Villada.  
Mataron a la . . .  
porque era muy remilgada,  
parecía una guacamaya  
que era pinta y colorada.  
¡No se hinquen, no soy el viático!  
Gritaba Riva Palacio,  
cuando entraba vencedor  
a ese Pátzcuaro mentado.

Las siguientes intencionadas líneas que se cantaban en el Estado de Guerrero nos reiteran su enorme prestigio popular:

Aquí está Riva Palacio,  
no lo había yo conocido;  
¡bien haya lo bien parido!  
¡Viva el nieto del Estado! \*

El pueblo, no sólo exaltó la figura del general Riva Palacio sino también hizo suya la linda canción del general, la célebre y gustada "Adiós Mamá Carlota", canción que dio ánimo a las tropas liberales en 1866:

. . . Y en tanto los *chinacos*  
que ya cantan victoria,  
guardando tu memoria  
sin miedo ni rencor,  
dicen mientras el viento  
tu embarcación azota:  
Adiós, mamá Carlota,  
Adiós, mi tierno amor.

En la imposibilidad de abarcar la copiosísima obra literaria, del general Vicente Riva Palacio hablemos aquí, y a grandes rasgos, de su

\* Este verso alude, por una parte, a que Riva Palacio era nieto de don Vicente Guerrero y, por otra, identifica a tal héroe con el Estado federal que lleva su nombre.

novela histórica, la parte que más ha padecido los extremos rigores de la crítica; novela donde se encuentra la más hábil e inteligente defensa de la Reforma.

Con el romanticismo hizo su aparición en Europa la novela histórica, recreación poética del pasado: Edad Media, Renacimiento o la América de Moctezuma que todo interesaba. La primera novela histórica es *Ivanhoe*, de Walter Scott (1819).

La novela histórica aparece como consecuencia de la avidez de historia que caracterizó al siglo XIX y también, de aquellos viejos ideales griegos de la educación: *instruir y deleitar*, que los románticos recogieron del siglo XVIII, de la Ilustración; ideales que convirtieron en una pasión, la pasión educativa. Y encontraron en la novela histórica el adecuado instrumento para ejercer ese apostolado pedagógico, esa responsabilidad tan hondamente sentida y llevar al lector cuya cultura no iba más allá de las obras de ficción, no sólo “el espíritu de una época”, sino las doctrinas sociales; la defensa de las ideas; las simpatías históricas; en suma, despertar a la conciencia popular.

La novela histórica tuvo muchos enemigos y muchos defensores. Los enemigos veían en el tratamiento de la realidad histórica y de la ficción el talón de Aquiles de la novela; pues los románticos no obstante sus juramentos de fidelidad a la verdad histórica, la falseaban cuantas veces les venía en gana.

Tampoco les importó, como apóstoles de una misión —cuya influencia ha comparado la crítica actual a la ejercida por medio de los sistemas filosóficos o creencias religiosas— pararse en pintas por una *imparcialidad* tan relativa como es la histórica, aunque rabiara el gran historiador Otto Von Ranke.

Y la interpretación romántica de la historia fue “apasionada, a veces objetiva; pero nunca imparcial”; porque la historia es siempre interpretación.

Los emigrados españoles en Francia y en Inglaterra, por cuartilla y sin reposo, “si no traduzco no como”, traducían al español las novelas históricas de Walter Scott, de Dumas, Eugenio Sue, etcétera, que los editores franceses e ingleses enviaban rápidamente a España y América.

A pesar de las discusiones que en América ese género tan popular provocó, fue aceptada e imitada; la primera novela histórico-romántica, escrita en lengua española no se escribe en España sino en América: *Jicotencal* (1826) publicada en Filadelfia sin nombre de autor.

A esta importantísima novela *Jicotencal*, siguieron muchas en Hispanoamérica. En México la novela histórica alcanzó gran popularidad y nuestro país fue el de mayor producción. Entre otras citaré *El inquisidor de México* (1835), de José Joaquín Pesado, leída —dice Guillermo Prieto— en la Academia de Letrán; *El misterioso* (1836), de Mariano Meléndez y Muñoz y la novela ya con mayor sazón *La hija del judío* (1848-50) de Justo Sierra (padre) que son las primeras novelas que tratan de asuntos coloniales del xvii y especialmente, el tema de la Inquisición; antecedentes inmediatos de las novelas de Riva Palacio.

Aquel día 19 de junio de 1867 triunfó en Querétaro la causa liberal. “Supremo instante de felicidad —dice Riva Palacio— que compensaba tantos años de penalidades, de sufrimientos y dolores; aquel era el momento sublime del Tabor; allí la patria contemplaba su triunfo.”

Y apenas levantadas las armas del vivac, el jefe de la primera división del Estado de México, general Vicente Riva Palacio, se apercibe una vez más, a la defensa y justificación de la causa reformista; ahora, con la escritura. Este inteligentísimo liberal bien sabía que la victoria obtenida con las armas necesita la confirmación de las ideas; sólo cuando la conciencia popular hiciera suyas la justicia y bondad de la Reforma, la aversión a cualquier clase de intolerancia podría hablarse de una completa victoria. No quedaba otro remedio que seguir el viejo pleito, para debilitar al enemigo y remachar el triunfo obtenido en Querétaro.

Riva Palacio poseyó en propiedad “la parte más selecta del Archivo de la Inquisición”, conocía además muy bien, la historia de los siglos xvi y xvii, aquí encontró la explicación de muchos de los problemas que hicieron crisis en su época:

“Pues el pasado, nos ha venido a aclarar el historiador de hoy, es una fuerza viva y actuante de nuestro presente; por eso su conocimiento es dinámico, está constituido por un conjunto de verdades, que encuentra su origen y explicación en otra época.” La historia adquiere sentido a través del hombre y podemos añadir que siempre nos proyecta al futuro.

Tan rico material le proporcionó a Riva Palacio la visión del siglo xvii: la rivalidad entre criollos y españoles; el criollo empieza en este siglo a tomar conciencia de sí mismo, como ser diferente del español, hasta en la sencillez de esta copla sorjuanesca:

Gachupines parecen  
recién venidos  
porque todo el teatro  
se cae a silbos.

Al fervor religioso, evangelizador del xvi sucede en el clero un afán de riqueza y de dominio. Por sojuzgar a la sociedad criolla batallan entre sí las religiones. El clero secular llega a levantarse contra el obispo; tal en aquel famosísimo pleito, el escándalo más formidable del xvii, entre el obispo de la Puebla de los Angeles, don Juan de Palafox y Mendoza y los jesuítas, quienes desde el púlpito afirmaban: "no es católico el obispo porque dice y defiende que no adquieran dinero las religiones".

Mejor que en los documentos eruditos el testimonio literario nos cuenta los muchos incidentes del pleito en unas intencionadas quintillas que llevan este barroco título: *Historia verdadera del lamentable y pulvurento caso, nocturnamente iniciado y llorosamente acontecido en la Ciudad angélica el ceniciento miércoles de 1647*. En estas quintillas se dijeron los contendientes todo lo habido y por haber.

Si el clero secular y el obispo peleaban; el obispo disputaba al poder civil sus derechos. Este primer choque ocurrió entre el arzobispo don Juan Pérez de la Serna y el virrey Marqués de Gelves, en 1624, primer choque que traspasó la Reforma y culminó de manera sangrienta en nuestros días, durante el período presidencial del general Calles.

Entre dotes de monjas que entran a los muchos conventos, acaso demasiadas sin verdadera vocación; forzadas por parientes deseosos de una herencia, o por otras causas; las dotes de los frailes; las mandas y legados, los aranceles, los diezmos, dan al clero esa acumulación de riqueza "los bienes de manos muertas", que la Reforma hizo entrar al patrimonio nacional.

Como trasfondo dramático: la miseria de las castas; las rebeliones de los negros, las de los indios. Un mundo de vagos y de pícaros; entre ellos el famoso Martín Garatuza, llamado también Martín Droga o Martín Lutero, pícaro metido a falso clérigo para sacar la tripa de mal año. Garatuza es el apodo que en México se da a quien tiene sagacidad y astucia en sus maldades. Martín Garatuza será el nombre de una de las novelas de Riva Palacio.

Y allá, en el Golfo, los piratas disputando al rey de España sus tesoros.

Sobre esta estructura colonial un superorganismo, la Inquisición, viendo en todas partes “moros con tranchete”; sin funciones bien precisas que le permitían invadir los dominios de los poderes eclesiástico y civil. “Muro de fuego” que defendía a España y a sus colonias de la herejía; instrumento medieval que más tenía de político, que de institución cristiana.

Por otra parte, el siglo producía unas figuras tan excepcionales como Sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora; así como un arte barroco de primera categoría.

Como es fácil darnos cuenta el material histórico daba de sí suficiente, aun sin cargarle la mano.

La novela histórico-romántica estaba hecha a la medida de los propósitos de Riva Palacio; como que era el arma sugestiva que Víctor Hugo usaba para los alegatos de piedad y de justicia. Esta novela era la tribuna popular ante la cual denunciaría la sin razón de los conservadores y demás aliados y también, como hiciera el autor de *Jicotencal*, denunciaría toda injusticia, toda agresión a la dignidad humana.

En 1868 publica Riva Palacio: *Monja y casada, virgen y mártir; Martín Garatuza*, continuación de la anterior; estas novelas llevan como subtítulos *historias y memorias de los tiempos de la Inquisición*. Después *Las dos emparedadas* (1869); *Los piratas del Golfo* (1869) y en 1870 *La vuelta de los muertos y Memorias de un impostor, don Guillén de Lampart rey de México*, en 1872.

Según el testimonio de Altamirano al aparecer *Monja y casada* . . . “El público corre a suscribirse y la leyenda mexicana, sustituye en el amor de nuestros compatriotas a la novela de Fernández y González, y a la, hasta aquí, mimada novela francesa”.

No nos alarmemos por las fechas al parecer tardías en que se publican estas novelas histórico-románticas. *Los Miserables* de Víctor Hugo salen en 1862.<sup>1</sup> Recordemos que en México el romanticismo se prolon-

---

1 *El Diario de Avisos* el 9 de enero de 1857 para solaz de los lectores de Hugo anunciaba la próxima publicación “de una novela filosófica de Víctor Hugo titulada *Los Miserables*. Esta obra escrita hace más de veinte años debía ver la luz después de *Nuestra Señora de París*; pero en una cláusula leonina de su tratado con Víctor Hugo el editor Reuduel, había estipulado que la primera novela que aquél escribiese le pertenecería bajo las mismas condiciones que *Nuestra Señora de París*. El éxito extraordinario que obtuvo esta última obra inspiró al autor exigencias legítimas; pero fueron en vano todos cuantos esfuerzos hizo para conseguir que se modificase el tratado. Entonces resolvió Víctor Hugo guardar la obra en su carpe-

gó más que en otros países y también que la novela histórica, pese a los augurios hechos por el bando adverso al género, no terminó con el romanticismo, sino perfeccionando sus instrumentos en el realismo, logra en nuestros días esa maravillosa recreación del pasado, que podemos ver en *Yo Claudio* de Robert Graves.

Desde la primera de sus novelas, *Calvario y Tabor*, 1868, y en las de tema colonial que le siguen Riva Palacio hace los más solemnes juramentos de serle fiel a la verdad histórica: "Los personajes y episodios —dice— son históricos y he logrado encontrar, preciosos datos en la gran oscuridad de costumbres de la época." Y más adelante: "Hemos procurado pintar la ceremonia con la misma sencillez con que la refieren los antiguos escritores *por no faltar a la verdad histórica.*" Y también, asegura, ser imparcial.

Se apega a la historia cuando trata asuntos como el pleito entre el Arzobispo y el Virrey o los procedimientos del Santo Oficio. Comprende que los enemigos buscarían aquí, el punto vulnerable; y tan lo buscaron que no han cesado en sus ataques, se le moteja de jacobino, por eso fortifica su afirmación de *imparcialidad*, con documentos sacados de los procesos inquisitoriales y para darle a su novela mayores visos de veracidad, la refrenda con descripciones minuciosas de la ciudad, que pueden corroborarse en *La ciudad de México*, de Marroqui, y con el mismo objeto describe las costumbres.

Parece que Riva Palacio ha probado las mieles del positivismo, pues a la manera del escritor realista que hace novela histórica, pretende como éste probar a toda costa su imparcialidad y respeto a la verdad histórica y llena su novela de notas y testimonios. Pero a pesar de este material histórico que entrevera a su novela, ésta sigue siendo romántica y sigue siendo novela.

Todo novelista histórico, sea el romántico que aseguraba que sólo la novela histórica podía dar "idea verdadera de la historia", sea el realista, sumiso a la verdad histórica o el novelista actual, todos juran que sus relatos son auténticos documentos.

Tramoya y golosina para que el lector popular no se alarme ante las verdades que aparecen en la novela y la cierre antes de tiempo, sino

---

ta. Existe todavía hoy la cláusula infernal, cuyo beneficio pertenece en virtud de una cesión al librero Yosselin; pero se espera una pronta transacción y mediante cierta combinación, la obra del célebre escritor se publicará simultáneamente en Bruselas y en París."

que la acabe de cabo a rabo son: el relato lleno de intrigas, sobre todo amorosas, el amor sentimental, tal vez demasiado para el gusto de hoy; los muchos episodios novelescos: disfraces, coincidencias, viajes, encuentros inesperados, situaciones en las que el protagonista se salva por un pelo; recursos de segunda mano usados por los folletinistas franceses y españoles; y que, por la “travesía del mar salobre hasta nuestro mexicano domicilio”, se han alterado de tal modo que no es posible reconocer, a primera vista, los viejos trucos con que provocaba expectación la tardía novela griega. Además, Riva Palacio sabía narrar, sus novelas son todo acción y diálogo y nunca pierden el interés. Si se leen sin prejuicio a poco andar muestran su encanto.

Entre los lectores populares de novelas, había un grupo que representaba un gran interés para Riva Palacio: las mujeres, que eran las más fáciles de escuchar tergiversados los principios de la Reforma, y a ellas, parece dirigirse, como más adelante veremos.

Mujeres que eran desde aquellos tiempos del *Amadís de Gaula* grandes lectores de novelas y que, desde entonces sabían llorar.

Esta afición mujeril a las novelas alcanza su máximo con el romanticismo; no sólo las leían sino también las hicieron como Jorge Sand y Flora Tristán que defendieron los derechos femeninos por medio de la novela.

Los editores tenían muy en cuenta este público. En México hay muchas revistas dedicadas a las mujeres, entre otras: *El presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas* (1847), la mejor revista de mediados del XIX con las colaboraciones de conocidos literatos como Carpio, Arango, Cuéllar, Payno, Prieto, Zarco; *El álbum de las señoritas* (1856) y muchas más.

Este interés por las mujeres es también propio del romanticismo, que no olvida el interés social que representa educar a la mujer. Ya el Pensador Mexicano en su obra *La Quijotita y su prima* señala los beneficios que se obtienen al educar a la mujer, y el novelista jalapeño Juan Díaz Covarrubias, en 1857, insiste: “que no se descuide tanto la educación de la mujer y se recogerán provechosos frutos y palpables resultados”.

Esta mujer que leía tantas novelas, seguramente, porque en ellas era siempre heroína o inspiración, o porque el agrisulce amor jugaba un papel tan importante, o porque los protagonistas eran jóvenes y hermosos, o bien porque le permitían evadirse de la realidad, según confiesa:

Yo encuentro en mis libros  
un mundo más bello . . .

no pudo menos de ser satirizada. En España se burlan de ella Mesonero Romanos y Bretón de los Herreros. En México, a imitación de este último, Fernando Calderón en 1839, en su comedia titulada *A ninguna de las tres*, confirma la burla. Con gracia presenta tres tipos de mujer que no habían cambiado notoriamente al tiempo de escribir Riva Palacio sus novelas: la frívola, la sentimental y la que pudiéramos llamar aprendiz de intelectual, la letrada que siempre ha sido motivo de burla y desdén.

Con María, la frívola, ocupada en sus flores, trapos y anillos no había nada que hacer. En cambio, la sentimental Leonor esa que sentía en carne propia la tragedia de Werther:

¡Oh Werther! ¡yo debo  
contigo morir!

Esa sí que lloraría ante las injusticias que padecieron las desdichadas víctimas de la Inquisición. Cómo no iba a compadecer a doña Blanca, la protagonista de *Monja y casada, virgen y mártir*, al verla pesarosa allá en su celda conventual a donde la ambición de su hermano y la sumisión que se exigía a la mujer, la tenían, monja sin vocación, añorando como aquella monjita francesa del siglo XIII el amor y la dicha, que comenta esta preciosa poesía medieval:

Quien me hizo monja, Jesús le maldiga;  
de muy mala gana rezo todo el día;  
mucho más quisiera buena compañía  
que fuese a amor dada y a placentería.  
. . . pero yo saldré por Santa María,  
no vestiré más toca, ni sayita.  
Siento el dulce mal en mi cinturita  
maldito de Dios, quien me hizo monjita . . .

La angustia, el pesar, la impotencia de la monja eran tema típicamente romántico, Manzoni lo recoge en *Los novios* y también nuestro Riva Palacio.

Y Leonor, la sentimental mujer de 1868, estaría conmovida ante las desdichas de doña Blanca que por salir en busca de su amor, se escapa del convento, y segura como está, de haber sido relevada de sus

votos, se casa; pero el Santo Oficio persigue a los amantes y los lleva a las cárceles inquisitoriales, en donde doña Blanca padece los más espantosos tormentos. Su hermana, la letrada Clara, le explicaría que la exclaustación hecha por la Reforma era una atinada medida, que liberaba y permitía otras posibilidades a la mujer que por diferentes causas tenía que ir a parar a un convento.

Leonor, por la puerta de la compasión captaba la moraleja.

Y la aprendiz de intelectual, Clara, esa que según su padre, el único que la admira y soporta:

Ya vio usted, siempre leyendo  
periódicos literarios  
y políticos: apuesto  
que sabe más ella sola  
que tres ministros.

Esta aunque se le indigesten los latines y revuelva las citas clásicas e históricas, se interesa ya por los problemas de su país. Mujer de espíritu alerta, preocupada por cultivarse, era seguro que entendería el diáfano mensaje de Riva Palacio.

La crítica nacional y extranjera ha juzgado rigurosamente la novela histórica de Riva Palacio, la considera sin méritos literarios como novela histórica folletinesca. Parece que ya desde el título *Monja y casada, virgen y mártir* —muchas calamidades para una sola mujer— les impide detenerse en sus páginas. Crítico famoso hay —no mexicano— que después de analizar como si fuera la mera verdad la novela histórica de Riva Palacio: estructura, influencias, etcétera, concluye: "*Calvario y Tabor* (1868), es la novela donde culminan las evocaciones coloniales de Riva Palacio".<sup>2</sup> Pero ésta es su única novela de tema contemporáneo a los sucesos que narra: la lucha contra el Imperio y la Intervención, en esta novela descargó su alma; condenó al traidor que nos vendía al francés y exaltó al chinaco, guerrillero o general, como auténtico patriota.

El crítico como se ve está enteradísimo, no pasó más allá de los títulos de las novelas y aun éstos los equivoca; a *Monja y casada, virgen y mártir* le rompe la intencionada antinomia de Riva Palacio y dice: *Virgen monja, casada y mártir*; virgen monja, siempre ha sido así. Casada y mártir..., bueno... a veces, también un poco.

---

<sup>2</sup> Luis Alberto Sánchez. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1953, p. 351.

Las objeciones a Riva Palacio han sido por la estructura formal de sus novelas que la crítica considera fallida, sin méritos literarios, por ser su salsa la truculencia; pero no nos dicen, ni aclaran su mensaje. Se olvidan que es un novelista histórico-romántico a quien ni le preocupan el estilo, ni las formas estructurales de la novela; pues tiene sus propias ideas; su interés se enfoca hacia esos hombres y mujeres —modesta clase media— que no son intelectuales, además, en su tiempo aún no se hacía novela para intelectuales, y creo que tampoco le hubiera importado hacerla; ya que su interés, como antes se dijo, era esa clase media a la que tenía que hacerse llegar el mensaje, un transparente mensaje; ese tan traído y llevado mensaje que todo novelista histórico-romántico considera la motivación y justificación de su obra; por eso, les tiene sin cuidado que al subrayar vigorosamente la intensidad emocional, se limiten los campos de la creación artística.

No entra en mis planes, hablar aquí del aspecto formal de sus obras, lo dejo para un trabajo más extenso que tengo en preparación. Ni tampoco analizar los temas, el desarrollo de las ideas sobre el nacionalismo literario, que Altamirano y Riva Palacio preconizan; ni los sentimientos; o copiosas ideas que inundan su obra, no acabaría.

Me conformo con destacar de la tupida floresta de sus primeras novelas *Monja y casada...* y *Martín Garatuza*, siquiera unos puntos en qué apoyar ese mensaje que es, en esta clase de novelas, el aspecto verdaderamente valioso.

Aquí, en *Monja y Casada...* y en *Martín Garatuza* encontramos trenzados muchos de los sucesos más notables ocurridos en Nueva España a principios del siglo XVII, entre los años 1612 y 1629; aderezados con los episodios novelescos ya dichos y enmarcados en un escenario romántico en el que no pueden faltar ni el destino, el viento que gime; ni los raptos hechos en medio de una tormenta con sus rayos, truenos y centellas; el autor necesita de la expectación para deslizar sus ideas.

Uno de los sucesos que no puede dejarse en el tintero es el célebre encuentro entre el poder eclesiástico y el poder civil, entre el arzobispo Juan Pérez de la Serna, ambicioso, inquieto, revolvedor del reino y el marqués de Gelves “inteligente, impetuoso, rígido, escrupulosamente justiciero, valeroso”.

Al través de las páginas de la novela se encuentran todos los pormenores de esta lucha en que, por primera vez en Nueva España, la

Iglesia para consolidar sus fueros: *poder y riqueza* se enfrentó a la autoridad virreinal y usó de todas sus armas hasta vencer al Virrey. El marqués de Gelves defendió como los buenos su autoridad ante el Arzobispo, el pleito culminó en un formidable tumulto, el célebre de 1624, pues el populacho apoyó al Arzobispo, incendió y asaltó el Palacio; el Virrey resistió valerosamente, pero al fin hubo de refugiarse en el convento de San Francisco. Aunque el rey dio la razón al marqués de Gelves éste no volvió a España.

El arzobispo perdió el favor del rey, fue depuesto; Riva Palacio comenta: "Don Juan Pérez de la Serna no era ya, como en los tiempos del Marqués de Gélves y después en los del gobierno de la audiencia, un príncipe rodeado de cortesanos y de ostentación; la estrella del prelado comenzaba a nublarse y la tempestad rugía ya por el lado de España...

"El palacio de su Señoría Ilustrísima había comenzado a quedar solitario; poco a poco habían ido desertando uno en pos de otros los aduladores, *aquella era ya la casa del verdadero obispo cristiano*".<sup>3</sup>

En este sencillo párrafo y en la última afirmación, Riva Palacio ha puesto el anhelo de los liberales que eran bien cristianos: un clero en verdad ocupado en su ministerio y no distraído en asuntos terrenales que no eran de su incumbencia. Aspecto que certeramente ha explicado Arturo Arnáiz y Freg: "No hay en el liberalismo mexicano de 1857 nada anticristiano, los liberales son auténticos cristianos que exigían a la Iglesia que fuera cristiana y a sus jerarcas que fueran respetuosos de su propia investidura, dignos y virtuosos. Los liberales tienen la nostalgia del verdadero sacerdote, hay que volverlo digno, más acorde con su alto ministerio. Nostalgia que siente tanto como los mexicanos el ecuatoriano Montalvo. Y hasta Angel Ganivet pedía para el clero español unos cuantos protestantes de alquiler para que le mostrasen un camino mejor".<sup>4</sup>

Este anhelo liberal de que nos habla Arnáiz y Freg, volveremos a encontrarlo en *La Navidad en las montañas*, de Altamirano. Viejo anhelo que arranca desde la Contrarreforma en el xvi con Erasmo y que recogen en España, Juan de Valdés y más de un libro anónimo.

<sup>3</sup> La cursiva es mía.

<sup>4</sup> "La Tolerancia religiosa". Conferencia pronunciada el 30 de enero de 1956 dentro del ciclo "Cinco lecciones sobre el siglo XIX mexicano". Cursos de Invierno de la Facultad de Filosofía y Letras.

Con gran claridad, con sencillez, con mesura, al través de la novela el lector popular ha podido enterarse de que la querrela entre el Marqués de Gelves y el Arzobispo era muy parecida a la querrela liberal de 1857, que era justa y nada anticristiana.

Y en estas mismas novelas, denuncia con pasión, con iracundia, los procedimientos de los que la Inquisición se vale para perseguir judíos, judaizantes, protestantes —los piratas—; toda una rica gama de cultivadores de la magia: astrólogos, hechiceros, o locos como aquel infeliz que pactaba con el demonio “para alcanzar a todas las mujeres que quisiese, por muy pintadas que fuesen”.

Habla de la historia de la Inquisición en México. Da santo y seña —también lo hará en *Memorias de un impostor*— de todos los procedimientos que usa el Santo Oficio: la delación anónima aceptada como testimonio incontrovertible, el acusado jamás sabrá quién la hizo; en las novelas de Riva Palacio, la denuncia es siempre una venganza, ¿por qué no también en la vida cotidiana del xvii?

Fray Luis de León, allá en la cárcel inquisitorial de Valladolid escribía cómo la “envidia y la mentira” de sus enemigos lo tenían preso; atado de pies y manos:

Envidia emponzoñada,  
engaño agudo, lengua fementida  
odio cruel, poder sin ley ninguna,  
me hacen guerra a una.

Pues contra tal ejército maldito,  
¿Cuál pobre y desarmado será parte;  
si tu nombre bendito,  
María, no se muestra por mi parte?

A la denuncia seguía la inmediata confiscación de los bienes que pasaban a las arcas del Santo Oficio, jamás nadie los volvería a ver y empezaba el interminable proceso que haría trizas la voluntad del acusado; verdadera tortura mental; vendría después el tormento, las vejaciones y, por último, la hoguera, la muerte en un sonado auto de fe lleno de pompa y magnificencia. Las primeras protestas contra la Inquisición fueron hechas por el Pensador Mexicano en el *Conductor Eléctrico* y el tema entra en novela con Justo Sierra padre, quien la censura en *La hija del judío*; además el *Museo Mexicano* (1843) había publicado procesos inquisitoriales, entre otros, el de Martín Garatuza, y algunos de judaizantes con la intención —dicen sus editores— de que

sean conocidas las causas verdaderas que el Santo Oficio tenía para perseguir a los judíos: los bienes y también porque “estos curiosos documentos ya muy escasos, y acaso con el tiempo se perdería la memoria de las crueldades e injusticias del Santo Oficio, si no se reimprimieran aquellos impresos, aunque fuese en lo más sustancial”.

La vehemencia ante estas injusticias la pone Riva Palacio. Para este liberal tan auténtico, nutrido hasta el tuétano en esas ideas liberales que en 1812 dieron al traste en la Constitución de Cádiz con la Inquisición, constituye un deber destruir la visión popular que hasta ese año de 1812 prevaleció de que la *Inquisición* —por eso se le llamaba *Santo Oficio*— era una institución buena. La idea liberal culta debe dar la visión contraria, presentarla como un mal y enjuiciarla en esta tribuna, que es la novela histórica, como *mordaza intelectual, como muestra de intolerancia religiosa y racial*. Riva Palacio la abomina porque es tradición contra modernidad.

Esta tradición de infamia, de ignorancia, que es la española, también le sirve para exaltar la libertad, concepto intrínseco al Romanticismo; exaltación que está puesta en boca de mujer y dirigida a otra mujer, viene a decir: la libertad, su conservación y defensa, no es asunto sólo de hombres, sino de hombres y mujeres, les atañe por igual; la libertad es condición imprescindible para la vida, de otro modo la vida pierde todo sentido, en un mundo sin libertad como es el mundo en que viven los criollos del XVII no es posible ni el amor, ni la maternidad:

¿Vale la pena hija mía —dice doña Juana de Carbajal— un siglo de amor para una mujer tanto como un día de luto y vergüenza para sus hijos?

Los españoles son nuestros conquistadores, nuestros amos, ¿lo entiendes? Nuestros amos: tus hijos serán unos abyectos que nacerán y vivirán como tú, como yo, como Leonel, como los animales viven y mueren, sin patria, sin tierra . . . Pues bien, hija mía, una madre quiere para sus hijos todo lo grande, todo lo que sea digno. Y el día Esperanza, en que vieras a tus hijos jóvenes, hermosos, valientes, sabios, despreciados por hombres que valían menos que ellos, ¿sólo porque ellos eran criollos?

El día en que los vieras, ansiosos por llevar un traje de terciopelo y oro, o montar un arrogante caballo, sin poderlo hacer porque tienen en sus venas sangre de judaizantes condenados por la Inquisición. ¿Ese día no te arrepentirías de haber dado la vida a seres tan desgraciados?

La solución está aquí en esos libros que he ocultado cuidadosamente de los españoles y de la Inquisición.<sup>5</sup>

Aquí, repite Riva Palacio, en la educación, en la cultura está el apoyo para luchar por esa libertad que permita amar plenamente. Y cuando sea necesario para conquistarla hay que llegar hasta la acción; la cultura, insiste, el novelista es siempre salvación.

Riva Palacio al tomar como tema la Colonia, está dentro de las ideas del nacionalismo literario que encabeza Altamirano. Es el creador de la novela colonial y su lugar bien prominente, en la novela histórico-social del siglo XIX, lo debe a estas sus tan leídas y gustadas novelas, pues en ellas, como novelista histórico a la manera romántica cumplió ampliamente la pasión educativa; *instruir, deleitar, con un fin moral*, meta de la novela histórico-romántica.

¡Qué importa que como buen romántico diga parodiando la fórmula de Lope: *enseñar al pueblo aunque se ahorque el arte!*

¡Qué importa que su mensaje esté troquelado en formas de segunda mano y no siempre artísticas! Si con este mensaje de piedad y humanidad, dicho en “román paladino —en el cual suele el pueblo hablar a su vecino—” defendió la causa de la Reforma y contribuyó al lado del mensaje de otros escritores romántico-liberales a despertar en la conciencia popular esa tolerancia racial, religiosa e intelectual, de que ahora estamos tan orgullosos y que nos hace convivir humanamente sin distingos de razas, ni de credos; juntos y revueltos, “y muy ufanos bajo el signo de la libertad”, añade la voz popular, el corrido. ¡Y esto, no es poco mérito!

Hay que decir aquí sus propias palabras: “Meditándolo bien, se siente orgullo en pertenecer a un pueblo en que la caridad no es una planta exótica, y en que la igualdad, la libertad, la fraternidad, a pesar de nuestras constantes luchas, no son una quimera.”

Su mensaje aún está vivo y actual, porque vivas y actuantes están en el mundo la intolerancia y la represión.

No dudo en creer muy adecuada al general Vicente Riva Palacio, desdeñado novelista del siglo XIX, la preciosa máxima de Juan de La Bruyère:

“Cuando una lectura os eleve el espíritu y os inspire nobles y valerosos sentimientos, no busquéis otra regla para juzgar la obra: que es buena y está hecha por mano hábil.”

---

5 *Martín Garatusa*. Colección de Escritores Mexicanos. Editorial Porrúa, S. A. México, 1945, t. I, pp. 14-15-16.